

**PABLO DE MARINIS, GABRIEL GATTI, IGNACIO IRAZUZTA**  
(2010), *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*, Barcelona, (Eds.), Anthropos, 446 pp.

Eso que llamamos sociedad apenas tiene dos siglos de existencia. Y está por ver si aún le queda otro completo. Además, pese a que sus variedades replicantes no han cesado de extenderse por todo el planeta, acaso –como apunta Bergua en su colaboración en este libro- lo que en *la gente* haya de sociedad no pase de ese 5% de materia sobre el que los físicos concluyen las leyes de todo el universo. Para colmo, la actual crisis económica no hace sino venir a agrietar otra más (la económica) de las caras de este efímero y escaso paralelepípedo social, añadiéndose así a las otras muchas facetas cuyas fisuras ya se habían venido denunciando: crisis de valores, crisis de la democracia, crisis de identidades, crisis de los estados nacionales, crisis de credibilidad en la tecnociencia... La sociedad, ese artefacto histórico, se está viendo hoy enfrentada a sus límites, temporales y espaciales, como quizá nunca lo estuvo antes. ¿Qué habrá después de ella? ¿Qué hay fuera de ella que aún apenas intuimos? ¿Podrían estar en ese *afuera* de lo social los embriones que anuncien las nuevas formas de lo *post-social*? La noción de *comunidad*, que empezó acuñándose en referencia a lo *pre-social* propia-

mente dicho, ¿sería hoy fecunda para intentar pensar ese *pos-social*, o los modos posibles de lo *a-social*, lo *in-social* o –acaso– lo *neo-social*?

Cuestiones como éstas laten bajo los textos que componen este libro. Y lo hacen, como su propio título apunta, tomando a la comunidad como pretexto. La comunidad, ese posible *otro* de la sociedad, que ya fue preocupación central de tantos clásicos de la sociología, resurge hoy con renovado brío al haberse alterado drásticamente el contexto en el que vuelve a presentarse y repensarse. «Cuando aquellos pensadores pensaron todo lo que pensaron –señalan los editores de este volumen– (...), las ruinas de la vieja comunidad estaban todavía humeando; ahora quizá sea la sociedad la que esté haciendo lo propio».

El libro es consecuencia de un largo trabajo nucleado y coordinado por las gentes del Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva (CEIC) de la Universidad del País Vasco. La nómina de autores, en su mayoría sociólogos radicados en Bilbao (un Bilbao que, como no podía ser de otro modo, se extiende por México o Argentina), incorpora también importantes aportaciones tanto de sociólogos

foráneos, como de estimulantes miradas desde otras disciplinas como la historia, la antropología y la psicología social. El conjuntado resultado final da cuenta del acierto en el modo de trabajar y en la selección de participantes.

Las colaboraciones se agrupan en tres grandes bloques. El primero aúna, bajo la categoría de comunidad, el análisis de ciertas formas emergentes de *estar-con*: cibercomunidades, comunidades anómicas, comunidades que no lo son, necrocomunidades... El texto de César Oré y Andrés G. Seguel cruza las investigaciones de ambos, realizadas en Talca (Perú) y Chiapas (México), para indagar distintos modos de contribuir las nuevas tecnologías de la comunicación a las narraciones del *nosotros*, según vengan éstas mediadas por *expertos* o se articulen *desde abajo*. Ander Gurrutxaga, por su parte, recorre los autores fundamentales en la conceptualización de lo comunitario (desde Tönnies hasta Bauman o Walter) para destacar cómo, aunque su anclaje fundamental lo fija en la tradición, su «presencia inabarcable» invade hoy todos los escenarios sociales. En «La comunidad no es» José Ángel Bergua lleva a cabo un, inicialmente, desconcertante y, al cabo, brillante y original esfuerzo conceptual preñado –al menos para este reseñista– de sugerencias prácticas y retos teóricos. No es el menor de los ellos el señalar la complicidad, originaria y actual, de las construcciones conceptuales de la sociología con la fabricación –a base de desanclajes y reanclajes, como piezas de un mecano humano– de ese insólito modo de estar-con de laboratorio que llamamos sociedad. Asociando lo comunal con un concepto de pueblo que, por su formulación negativa, bloquee las habituales manipulaciones políticas, sugiere las líneas para una posible *socio-sofía* que desborde, como caso particular y particularmente interesado, lo que tenemos por *socio-logía*.

Gabriel Gatti afronta el modo paradójico de hacerse y deshacerse la comunidad en torno a la figura del ‘detenido-desaparecido’, a partir de su investigación en este ámbito en Argentina y Uruguay. Se trataría de un tipo de comunidad precaria, inapropiada, paródica y quebrada al que sólo el brillo y rotundidad del modelo moderno de pensar y vivir la identidad le negaría su condición de tal por el mero hecho de que tales adjetivos parecerían ser los opuestos a los que le se supone a toda comunidad: sociólogo busca teoría. Cierra este primer bloque el estudio de Josetxo Beriain sobre las necrocomunidades, donde esa otra figura anómica que ahora es el ‘mártir-suicida’ abre una interesante reflexión sobre la irrupción de lo sagrado monstruoso en el corazón del supuesto proceso de secularización. Esta figura actuaría como un catalizador que hace precipitar dos modos derivados de comunidad, definidos por sendas fronteras: la que habría, por un lado, entre el grupo y el ideal del grupo, que encarna el mártir, y la trazada entre «lo sublime y lo siniestro, el Bien y el Mal».

El segundo bloque lo aglutina un acercamiento a la comunidad que ahora enfatiza más su arraigo en la tradición y en la historia, si bien, al actualizarlas, se reconfiguran y resignifican. En «Biopolítica y comunidad», Francisco Javier Tirado y Miquel Domènech ensayan una aplicación de las teorizaciones de Agamben (biopolítica, comunidad) y Negri (multitud) a ciertas formas contemporáneas de ebullición o movilización social que pueden pensarse como formas de comunidad en un sentido imprevisto e imprevisible; para ello, apuntan en particular a ese conglomerado conocido como *EuroMay-Day* que, al margen de la esclerosis sindical, hace del *precariado* toda una nueva forma de vida capaz de producir conocimiento muy cualificado, de pensar sobre sí mismo en términos de una comunidad

que abomina de representaciones identitarias y que se asume explícitamente como fenómeno biopolítico. En el otro extremo estarían el voluntariado y las ONG, que son objeto de análisis por Luis Enrique Alonso. Surgidas al calor del enfriamiento del Estado del bienestar, el autor explora en ellas (pese a –o precisamente por- su neocomunitarismo difuso, ambiguo, confuso y, a menudo, neopietista) su posibilidad de funcionar como una suerte de embrague social que engrane, en vez de oponerlos, lo comunitario y la ciudadanía.

En esta oposición/conjugación entre sociedad civil y comunidad incide también Jesús Izquierdo Martín, generalizando, al parecer, la conclusión del estudio anterior: «la sociedad civil es una *comunidad constitutiva*». La potencia de las paradojas que el autor advierte –y que, con tanta precisión, señala y rastrea históricamente- en esa «comunidad anticomunitaria y auto-negada» que sería la sociedad civil no le lleva, sin embargo, a considerar refutada la tesis antes entremillada ni a redefinir el concepto de comunidad de modo que la sociedad civil pudiera contemplarse como un caso de ella. Seguro que sus anteriores estudios (sin duda paradigmáticos pero de los que aquí tanto se distancia) sobre los concretos modos de comunidad en la historia de España pueden aportar luz para abordar esa otra paradoja que es la propia tesis ahora mantenida.

Esas «comunidades de definiciones esquivas» que son las formadas por emigrantes centran el estudio de Ignacio Irazuza. A partir de tres experiencias concretas (inmigrantes en Argentina en el tránsito del s. XIX al XX, la situación actual de una de ellas –la comunidad vasca en Buenos Aires-, y la fabricación gubernamental –ahora mexicana- de comunidades en el exterior), se analizan los juegos de pérdida y recuperación de identidades comunitarias y las estrategias de

inclusión/ exclusión por parte de los Estados-nación de procedencia o de destino. Silvia Rodríguez Maeso enfoca – a través de las narraciones sobre el *nosotros* de los protagonistas- el papel que la violencia armada ha tenido en Perú de cara a reactivar las comunidades campesinas. Estas, que son las principales víctimas, extraerán ahora precisamente de esa condición una renovada identidad comunitaria, ya no sólo frente a –o fuera de- el Estado, sino también a través de su constitución organizada, dentro del Estado. Cierra este bloque otra investigación empírica, ahora sobre ese almacén/fábrica de memoria e identidad comunitaria que es el patrimonio cultural. A partir de la constatación, extendida en todo el volumen, del «fracaso de la sociedad como proyecto planificado de la vida en común», Daniel Muriel lleva aquí a cabo, de la mano de los *reensamblajes de lo social* latourianos y de las elaboraciones del concepto de biopolítica, un análisis del artefacto «dispositivo patrimonial» como construcción de *lo nuestro* en el cruce de las representaciones creadas por el diseño de los expertos y esa abigarrada multitud de objetos, imágenes y experiencias que articulan la memoria colectiva.

El tercer bloque nos propone una visita guiada a esa fuente inagotable de sugerencias que son los clásicos de la disciplina y, en particular, Tönnies, Durkheim y Weber. Pablo de Marinis, coordinador del proyecto «Teorías sociológicas sobre la comunidad» en la Universidad de Buenos Aires, recurre al primero de ellos para indagar «qué podría significar hoy *comunidad* cuando ya no existe *sociedad*». Así, distingue en el sociólogo de Oldensworth tres registros o «problematicaciones» acerca de la comunidad: uno, estrictamente formal y abstracto, destinado a comprender el/su presente de las relaciones sociales; otro, de calado histórico, que piensa la comunidad como

antecedente de –y contrapuesta a– la sociedad; por último, y quizá hoy el más interesante, la comunidad como proyección utópica hacia un futuro abierto o, incluso, como valor supremo al que subordinarían todos los demás: esa *virtud comunitaria* por la que acaso siga fluyendo la historia una vez cerrado ese paréntesis que habrían sido el Estado-nación, el trabajo asalariado y otras instituciones características de la sociedad.

El primer y el último Durkheim centran la atención de Ramón Ramos para indagar en la articulación de los tres planos semánticos que constituyen la comunidad: a) lo que es común, lo no propio ni apropiable; b) el deber, carga o sacrificio que impone; y c) el *estar-con* o, más radicalmente, el *ser-con*. La «reconstrucción moral de la sociedad moderna», que sería el objetivo central del pensamiento de Durkheim, el autor lo trae hasta nuestros días hasta rastrearlo en las actuales indagaciones neo-durkheimianas: las formas de religión civil a que podría haber abocado el proceso de secularización, la síntesis de comunitarismo y liberalismo que hacen ciertas lecturas de Durkheim, o los estudios microsociológicos de los pequeños rituales como los llevados a cabo por Collins. Por último, José Santiago cruza al Weber de las «comunidades reli-

giosas» con el Durkheim de los «cultos de comunidad» para, con el aderezo de otros autores contemporáneos, indagar en las actuales formas de culto de la comunidad política y, en particular, en los cultos propios de la sacralización de la nación. En este proceso cobrarían especial importancia *el secreto* que oculta/manifiesta los nuevos tabúes y *los objetos* en los que se refleja/instituye la comunidad nacional. Lo cual apunta a ese otro clásico que aquí se ha quedado sin visitar, ese Comte cuyo análisis de la carga emocional que aporta el fetichismo resulta de sorprendente fecundidad para enfocar el poder aglutinador y sacrificial de nuestros actuales fetiches, éstos a los que –como los mercados– toda la comunidad internacional está hoy intentando aplacar.

El conjunto de las colaboraciones compone así un raro caso de la mejor sociología, donde los aparatos conceptuales puestos en juego y las prácticas observables (y audibles) se estimulan mutuamente, evitando la tan frecuente reiteración de lo ya sabido pero también la no menos habitual esterilidad del onanismo erudito. En suma, un libro *imperdible*, que dirían en el Bilbao porteño.

Emmánuel Lizcano